

# El charro salmantino. Los diferentes rostros de un estereotipo provincial

## The Salamanca Charro. The different faces of a provincial stereotype

HÉCTOR M. MEDINA MIRANDA<sup>1</sup>

*Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México*

### RESUMEN

El artículo analiza cuatro perfiles de la figura del charro salmantino: el tipo popular como alteridad devaluada, el estereotipo ganadero, el héroe nacional y el folclorista. A través del análisis de cada uno de ellos, se muestra la manera en que relatos míticos e históricos, así como discursos provenientes del folclor, el romanticismo y la ideología política, fueron empleados en la conformación de los mismos. El resultado fue un símbolo provincial ambiguo, mediador entre el pasado y el presente; un emblema de lo más auténtico y representativo de su provincia, con el cual se niega la muerte de añejas tradiciones, conservadas sólo de manera parcial en los libros de folclor.

PALABRAS CLAVE: charro, Salamanca, mito, estereotipo, toros, ganadería.

### ABSTRACT

The article analyzes four profiles of the figure of Salamanca Charro: the popular type like devalued otherness, the cattle breeder stereotype, the national hero and the folklorist. Through the analysis of each one of them, it shows how the mythical and historic narrations, as well as discourses from the folklore, the romanticism and the political ideology, were used in shaping them. The result was an ambiguous provincial symbol, a mediator between the past and the present; an emblem of the most authentic and representative of his province, which denied the death of ancient traditions, preserved only partially in the books of folklore.

KEYWORDS: charro, Salamanca, myth, stereotype, bulls, cattle.

<sup>1</sup> Este artículo se desprende de una investigación más amplia realizada en España entre enero de 2005 y noviembre de 2009. Véase *Los charros en España y México. Estereotipos ganaderos y violencia lúdica*, tesis de Doctorado en Antropología, Universidad de Salamanca, España, 2009. Los primeros tres años de trabajo fueron posibles gracias al financiamiento del MAE y la AEI.

## 0. INTRODUCCIÓN

El charro es un personaje emblemático de la provincia de Salamanca, un tipo popular estereotípico con distintos rostros, los cuales han sido configurados por discursos provenientes del romanticismo, los estudios de folclor y la reconstrucción ideológica, ubicados entre el mito y la historia. Asimismo, los diferentes perfiles del símbolo salmantino siempre han estado vinculados a la ganadería y los rituales taurino-ecuestres, acompañándole en esas diversas transformaciones que lo han definido muchas veces de manera contradictoria.

Específicamente analizaremos cuatro perfiles de este personaje: 1) el charro como alteridad devaluada; 2) el estereotipo ganadero; 3) el héroe nacional; y 4) el folclorista. Actualmente, el más popular de estos es el que lo vincula con el folclor, ya que es común encontrarlos en romerías y fiestas populares, ataviados con su traje tradicional y bailando animosamente al ritmo del tamboril. Sin embargo, los otros perfiles se siguen manteniendo vigentes, asignándole una ambigüedad muy peculiar a este personaje, la cual lo convierte en un vínculo entre el pasado y el presente, entre la transgresión y la norma, entre lo salvaje y lo civilizado.

## 1. EL CHARRO COMO ALTERIDAD DEVALUADA

Los charros no adquirieron dimensiones emblemáticas hasta la primera mitad del siglo XIX. Época en la que surgieron los estados-nacionales, en medio de una revolución liberal que sustituye a los héroes del Antiguo Régimen por nuevos héroes populares que sirven como referentes de identidad colectiva y elevan al pueblo a la categoría de ciudadano.

La iconografía áulica identificaba al rey con Hércules, héroe grecolatino que –según el mito fundacional español– viajó a la Península Ibérica para robar el ganado bovino de Gerión e instituir la monarquía. Se dice que en aquella ocasión, Hércules construyó dos columnas en el estrecho de Gibraltar, las cuales aparecen representadas en el escudo nacional español, soportando el lema “Plus Ultra”. Se trata de un relato que describe la conquista y civilización de un territorio marginal de la *ecumene*. De hecho, la versión de Apolodoro asoció la Península Ibérica con el Hades<sup>2</sup> y en la obra de Estrabón se hace evidente que el actual territorio español era considerado la región más lóbrega y salvaje, a la vez que se exaltaba su gran fertilidad, que permitía la proliferación del ganado bovino<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> APOLODORO (II, 5, 10) señala que Menetes, el pastor de Hades, fue testigo de la hazaña hercúlea y trató de impedir el robo que preparaba el héroe (APOLODORO, *Biblioteca mitológica*. Madrid: Alianza Editorial, 2004 [circa 500 a.C.]).

<sup>3</sup> Estrabón explica, analizando unas líneas de Homero, que la asociación de la morada de Hades con Iberia se debe a que ésta se encuentra en dirección al sol poniente, donde termina la tierra, y a

El mito grecolatino fue incluido en la historia de España y se empleó para justificar el poder de la nobleza y distinguirlos de la gente del pueblo<sup>4</sup>. Los gobernantes no podían ser originarios de un lugar devaluado, por lo que optaron por considerarse herederos de un linaje de héroes civilizadores grecolatinos, en este caso de Hércules. El mítico robo del ganado sería interpretado como un acto civilizador sobre la alteridad que ahí habitaba y, a la vez, un acto de justicia ya que, para llevarlo a cabo, el héroe tuvo que matar a Gerión, dueño de los bovinos y gobernador tirano de esas tierras. El robo del ganado sería también una metáfora del control que Hércules asumiría sobre los habitantes de la península, quienes según Juan de Mariana: “eran de ingenios groseros, á manera de fieras vivían apartados y derramados por los campos en aldeas”<sup>5</sup>.

El relato de Hércules cobró especial importancia durante el reinado de los Austrias hispanos. Sus antecesores ya se habían encargado de convertir al héroe grecolatino en un caballero medieval, por lo que no resultó difícil asociar la misión civilizadora de Hércules con la lucha contra el paganismo y la herejía convocada por Santiago apóstol, el caballero matamoros<sup>6</sup>. En este periodo, se inventó el emblema de las columnas y pronto se emplearon como un símbolo de esta empresa hercúlea y evangelizadora, que se emprendería tanto en oriente como en el Nuevo Mundo. Durante esta época también tienen su auge el toreo caballeresco y los juegos de cañas, diversiones propias de la nobleza que representaban esa misma lucha contra el paganismo y el mundo “incivilizado”<sup>7</sup>.

---

una confusión etimológica: “[...] la noche, por ser algo nefando, es también, evidentemente, noción cercana a la de Hades, y Hades a su vez a la de Tártaro [la región más sombría y alejada del Hades]; podría, pues, imaginarse que Homero oyera hablar de Tartessos e identificara desde entonces su nombre con el de Tártaro, el último de los lugares subterráneos [...]” (III, 2, 12). Asimismo, en otro apartado debate en torno a los efectos visuales y auditivos que presuntamente se experimentan en esa zona durante el crepúsculo (ibídem, III, 1, 5). Resulta significativo que los bovinos abundaran en la región más lóbrega y salvaje, características que siguen acompañando a la imagen de éste ganado. ESTRABÓN, *Geografía*, libros III-IV (Madrid: Gredos, 1998 [circa 7 a.C.]).

<sup>4</sup> Entre los trabajos históricos de este tipo se encuentran *Historia de rebus Hispanie* de Rodrigo Jiménez de Rada, publicada con el título de *Historia de los hechos de España*, así como la *Historia general de España* de Juan de Mariana. JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo. *Historia de los hechos de España*. Madrid: Alianza Editorial, 1989 [circa 1200]. MARIANA, Juan de. *Historia general de España*, tomo I. Madrid: M. Rodríguez y Compañía. Editores, 1867 [1601].

<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 47.

<sup>6</sup> El héroe grecolatino ya a parece como un caballero en VILLENA, Enrique de. *Los doce trabajos de Hércules*. Palencia: Simancas Ediciones, 2005 [1417]. Al respecto también es interesante un relato de Raol Lefèvre, escrito por mandato de Felipe el Bueno (fundador de la orden del Toisón), donde Hércules es armado caballero en el episodio que vence, con ayuda de Jasón, a los centauros que se habían embriagado en las bodas de Pirithoüs: “*Et quand le roi de Thèbes eut armé Hercules chevalier, les uns et les autres abaissèrent leur lance avec ardeur et se mirent à jouter de telle sorte que beaucoup furent jetés à terre, en particulier tous ceux qu’Hercules affronta*”. Tras esta hazaña los Argonautas partieron en busca del vello-cino de oro. LEFÈVRE, Raol. “Histoire de Jason”. En RÉGNIER-BOHLER, Danielle (dir.). *Récits D’amour et de Chevalerie. XII-XV Siècle*. París: Editions Robert Laffont, 2000 [circa 1460], Pp. 1101-1102.

<sup>7</sup> Véase MEDINA MIRANDA, Héctor M. “Las metamorfosis de un abigeato “civilizador”. Entre la historia y el ritual: el mito hispano de Hércules”. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 2010, núm. 43 (1), pp. 21-38.



Fig. 1. *Detalle de La alegoría del toisón de oro, donde Felipe el Bueno recibe el vellocino de manos de Hércules. Fresco de Luca Giordano (circa 1697) en el Casón del Buen Retiro.*

Este tipo de fiestas eran elitistas. Si bien la gente del pueblo podía participar en los encierros corriendo con los toros, saltando a la plaza con sus capas o contemplando las corridas, ellos no tenían el protagonismo. De hecho, estaban más cerca de ser equiparados a los bovinos por sus costumbres y creencias consideradas “bárbaras” y “heréticas”. Como podemos leer en el aplauso poético escrito por Gaspar de Velasco, con motivo de la consagración de la catedral de Salamanca en 1733, a los aldeanos salmantinos se les consideraba incapaces de comprender las corridas caballerescas. El poema habla de un grupo de charros que asistieron a estas festividades, de quienes se dice que:

“De los rexones no hizieron  
Eftos hombres mucho cafo,  
Porque nunca con lo agudo  
Se convino lo pazguato”<sup>8</sup>.

Si bien, la asociación de los sectores populares con el “barbarismo” se aplicó a todos los habitantes del ámbito rural español, sobre los nativos salmantinos recajó una denominación especialmente peyorativa que permanecería vigente hasta nuestros días. El término “charro”, en su forma más despectiva, equivale a los de

<sup>8</sup> *Apud* CALAMÓN DE LA MATA Y BRIZUELA, Joseph. *Glorias Sagradas, aplausos festivos, y elogios poéticos*. Salamanca: Imprenta de la S. Cruz, 1736, p. 326.

“paleta”, “cateto”, “palurdo”, “payo”<sup>9</sup> y otros adjetivos utilizados en España para calificar a la gente del campo como “ignorantes”, “groseros”, “toscos” e “incivilizados”. El *Diccionario de autoridades* definió la palabra “charro” como: “La persona poco culta, nada pulida, criada en lugar de poca policía. En la Corte, y en otras partes dan este nombre á qualquier persona de Aldéa”<sup>10</sup>. El empleo del término “charro” para designar a los pobladores de la provincia salmantina no se incorporó al diccionario de la Real Academia hasta su cuarta edición<sup>11</sup>. Aunque una definición más amplia tuvo que esperar a la siguiente versión, en la que se describía como “El aldeano de tierra de Salamanca” o “La persona basta y rústica, como suelen ser los aldeanos”<sup>12</sup>.

Aún cuando, a partir del siglo XIX, se había comenzado a echar mano de los tipos populares para crear nuevos referentes colectivos, sobre ellos se mantendría una identificación con el primitivismo y el salvajismo, lo cual permitiría pensarlos como símbolos de lo más autóctono, como los originales habitantes de la península. Motivar ese sentimiento de raigambre era parte del proyecto de los nuevos estados-nación, pero éste no dirimiría un viejo antagonismo entre el campo y la ciudad, donde los urbanitas veían en los aldeanos una alteridad inmediata a la que calificaban de grosera e incivilizada. Veamos algunas manifestaciones de dicha confrontación.

En la primera mitad del siglo XX, Antonio García Boiza escribió un pequeño artículo intitulado *Los charritos y el museo de pintura*, donde el autor destaca la supuesta “ingenuidad” de los charros, a quienes considera incapaces de apreciar el arte “culto” y pensar en términos históricos. Le llamaba especialmente la atención que los charros acudieran al convento de Santo Domingo para contemplar el retrato del obispo Diego de Anaya, el cual creía que ellos no podrían comprender:

“El sentido pictórico de nuestros aldeanos es muy poco exigente. Basta con un buen marco de fuertes dorados, unos colores un poco brillantes y una escena de interés dramático para entusiasmarles.

[...] ¿No sería, caro lector, que, a pesar del indumento episcopal que viste el retrato creyeran que era la vera efigie, “con extraña vestimenta” de algún personaje local?

<sup>9</sup> Con motivo de la inauguración de la Catedral Nueva de Salamanca, Torres Villarroel escribió una relación de las fiestas empleando el habla popular charra o “el estilo aldeano de los payos de la tierra”, como decía en el título. Ésta fue publicada por Calamón de la Mata (*ibidem*, pp. 371-391).

<sup>10</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de autoridades*. Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro, 1729, p. 311.

<sup>11</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso*, cuarta edición. Madrid: Viuda de Ibarra, 1803, p. 918.

<sup>12</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*, quinta edición. Madrid: Imprenta Real, 1817, p. 270.



Fig. 2. A la derecha, “¿Vienes al Bayle Perico? Aldeana charra del partido de Salamanca”; a la izquierda, “Aldeano charro de los caseríos de Salamanca”. Grabados de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla. Nótese que los títulos de ambas imágenes establecen un diálogo que destaca el habla “vulgar” charra<sup>13</sup>.

El cronista no se atrevería jamás a afirmarlo, pero hay respetables indicios para suponerlo.

Para el campesino no tiene realidad más que el momento presente, y en su afán innato de actualizar sus emociones que no pueden referirse al pasado, que es concepto, idea, llega a agarrarse a lo que le habla de hoy, que es cosa material y palpable, única asequible para él, por absurda que sea”<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA (ed.). *Trajes de Salamanca. Selección de grabados y estampaciones. Siglos XVIII-XIX*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional, 1996 [1777], láminas 1 y 2.

<sup>14</sup> GARCÍA BOIZA, Antonio. *Medallones salmantinos*, Salamanca: Establecimiento tipográfico de Calatrava, 1926, p. 58.

Los trabajos folcloristas de la época también llegarían a ver reflejos del primitivismo en los sectores populares. Los estudios de este tipo se iniciaron en España con Antonio Machado y Álvarez quien, en 1881, publicó las bases de la organización nacional que llamaría *El Folklore Español: Sociedad para la recopilación y estudio del saber y de las tradiciones populares*<sup>15</sup>. En 1943 aparecería una publicación en tres volúmenes que reunirían los avances de la recién adoptada disciplina. El título de la obra sería *Folklore y costumbres de España*, en cuyo primer artículo se trataría de reformular la manera de comprender el objeto de estudio. José María de Navascués, autor de éste, cree ver una incongruencia en la propuesta inicial de Machado y Álvarez, al equiparar folclor con “saber popular”:

“Desde luego, la versión en saber popular es absurda e incoherente, porque el Pueblo no sabe lo que conoce. Es decir: el Pueblo tiene un conjunto de conocimientos empíricos clasificables en exacta correlación con el cuadro general de las ciencias. Pero si al Pueblo se le pide una explicación del por qué de esos conocimientos, de por qué los conoce, y cómo los adquirió, quedará mudo y aun asombrado y hasta incrédulo de que aquellos conocimientos le hayan podido ser transmitidos, ya que él los considera como innatos y, mejor que innatos, como consustanciales a su ser; y mejor dicho: no se da cuenta de que conoce”<sup>16</sup>.

Más adelante agrega “El Pueblo es la personificación de la inconsciencia. Por eso en el Pueblo no hay sabiduría. Y por eso no se puede decir *saber popular*, porque el Pueblo no sabe. A lo sumo, *conocimiento popular*, porque desde luego, el Pueblo conoce”<sup>17</sup>. Además de negarle al pueblo la facultad de raciocinio y la conciencia, considera que éste no suele evolucionar: “Evolucionan acaso en lo accidental”<sup>18</sup>. Así tenemos que, para este autor, el pueblo se encuentra inmerso en el salvajismo, no como una reminiscencia del hombre primitivo, sino como una continuidad de él a través de generaciones<sup>19</sup>.

Un excelente ejemplo de la aplicación de estas posturas en la provincia salmantina las encontramos en los trabajos de César Morán –agustino interesado en el estudio de la historia y la arqueología–, quien en las notas de su primera excursión por los alrededores de Salamanca ya habla de los chozos de los pastores como ejemplo de las construcciones primitivas: “Antes de alejarnos de la finca de Alizaces vimos una choza de pastor que retratamos para poder dar una idea aproxima-

<sup>15</sup> GUICHOT Y SIERRA, Alejandro. *Noticia histórica del folklore*. Sevilla: Hijos de Guillermo Álvarez, 1922, p. 165.

<sup>16</sup> NAVASCUÉS, Joaquín María de. “El folklore español. Boceto histórico”. En CARRERAS Y CANDI, F. (dir.): *Folklore y costumbres de España*. Madrid: Ediciones Merino, 1988 [1943], tomo I, p. 5.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 13.

da a las vivencias primitivas, remontándonos a la época neolítica”<sup>20</sup>. La misma opinión tenía acerca de los trabajos en cuernos, hueso y madera que realizaban los pastores: “Es el Arte en su estado primitivo y espontáneo, herencia de las pasadas centurias que se conserva por tradición y que se da la mano con los primeros destellos del Arte Cuaternario” (1990 [1928]: 171)<sup>21</sup>. En otro artículo decía:

“Los hombres del paleolítico, que vivieron hace ya miles de años, eran artistas por temperamento y hoy podemos contemplar las muestras de sus habilidades en las paredes y techos de las cuevas que decoraron con pinturas, en las piedras que grabaron y en los huesos que esculpieron.

Los que hoy pueblan los campos salmantinos demuestran bien a las claras que son descendientes de aquellos lejanos progenitores, pues siguen con las mismas aficiones, los mismos gustos, el mismo instinto del arte, el mismo estilo y análogos procedimientos, con diferencias secundarias que impone la época, el progreso y la depuración del gusto.

No decoran ya los muros de las cavernas, pero pintan las paredes de sus casas, no dibujan el reno y ni el bisonte; pero sí la cabra, el toro y el caballo; no pintan los cantos ni las astas del *cervus megaceros*, pero sí los carros, los aperos de labranza, las astas de los toros y los báculos de pastor que parecen cetros de pacíficos reyes” (1990 [1926]: 127)<sup>22</sup>.

A través de estos argumentos que marcaban la distancia entre lo salvaje y lo civilizado, lo urbano y lo rural, lo popular y lo erudito, se construyó una imagen del charro que lo definiría como una alteridad devaluada. Sin embargo, paralelamente, la denominación peyorativa se convertiría en un gentilicio coloquial para los salmantinos, quienes, generalmente, no tienen inconveniente en reconocerse como charros, sin importar que vivan en la ciudad o el campo. La revaloración de este personaje estaría mediada por una reivindicación autoctonista, esgrimida en momentos de crisis, que requirió la romantización del medio rural, así como la selección de algunos rasgos que resultaran de fácil manejo con fines políticos, como veremos más adelante.

No obstante, todo hay que decirlo, en varias ocasiones he podido observar algunas aparentes contradicciones. En la capital salmantina, algunos de los descendientes de las élites ganaderas, que frecuentemente ocupan cargos de funcionarios o ejecutivos de empresas prestigiosas en las ciudades, suelen mirar con cierta soberbia a los folcloristas que bailan ataviados como charros y llegan a afirmar que

<sup>20</sup> MORÁN BARDÓN, César. “Alrededores de Salamanca”. En FRADES MORERA, María José (ed.). *Obra etnográfica y otros escritos, Volumen I, Salamanca*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional-Diputación de Salamanca, 1990 [1923], p. 31.

<sup>21</sup> MORAN BARDÓN, César. “Arte popular”. En FRADES MORERA, *op. cit.*, 1990 [1928], pp. 169-238.

<sup>22</sup> MORAN BARDÓN, César. “Los baños de Retortillo”. En FRADES MORERA, *op. cit.*, 1990 [1926], p. 127.

estos sólo son charros “nominales”, ya que asumen que únicamente los propietarios de las fincas ganaderas son los “auténticos” o “lígrimos”. En ocasiones, he podido observar que, el mismo desprecio con que califican a los que no pertenecen a la clase alta, conceptúan a los reproductores del folclor como “horteras”, con lo que tratan de decir que se trata de gente “vulgar y de mal gusto”. A este tipo de apreciaciones llegan a sumarse algunas personas que, sin ubicarse en los estratos más altos, han logrado cierta prosperidad económica. Esto nos conduce al segundo perfil de los charros salmantinos: “el estereotipo ganadero”.

## 2. EL CHARRO GANADERO

Los viajeros románticos de la primera mitad del siglo XIX ya habían identificado a los charros como gente estrechamente vinculada a la ganadería. Su vestimenta, hecha para montar a caballo, y la manera en que se arreaba al ganado bovino con su garrocha llamaron la atención de viajeros como Doré y Richard Ford. Este último describió a los aldeanos salmantinos de la siguiente manera: “Los labradores son acomodados y viven en granjas aisladas, *Montaracias*, donde se cultiva mucho trigo, que se exporta a Andalucía. Crían también ganado en gran escala, y se las arreglan para guardarlo con la *honda* primitiva, como cerca de San Roque. Los *conocedores*, o vaqueros, tienen en vereda a los animales, *los agarrochan a caballo*, de la misma manera que sus descendientes en Sudamérica”<sup>23</sup>.

Para Luis Maldonado, en la pastoría a caballo de reses bravas estaba el origen de las tradiciones charras y menciona que: “Así nacieron los rasgos más característicos de esa tribu feliz: el airoso traje de ellos, hecho para andar a caballo ojeando montes y... morenas; el de ellas, deslumbrante de alhajas y bordados, propio de todas las razas, que los sabios llaman endógamas”<sup>24</sup>. La vestimenta del charro era precisamente la de un vaquero. En ellas destaca la mediavaca, cinto ancho de cuero que se usaba para cubrir el vientre y el pecho. Dicha prenda sirvió para vincular a los charros con prácticas taurinas consideradas primitivas. El Conde de las Navas aseguraba que “los charros de tierra de Salamanca, á pie, con rara destreza, emulan á los jinetes de Tesalia, citando á las reses bravas, dándose unas cuantas palmadas en el cinto, asiéndolas luego de los cuernos, subiendo la rodilla hasta apoyarla en un lado del hocico, torciéndoles así violentamente la cabeza, y dando por fin con el animal en tierra en menos tiempo del que he invertido en referirlo”<sup>25</sup>. Más

<sup>23</sup> FORD, Richard. *Manual para viajeros por León y lectores en casa*. Madrid: Ediciones Turner, 1983 [1845], p. 11.

<sup>24</sup> MALDONADO, Luis. “El campo de Salamanca. La edad de oro y la edad del oro”. En *De “mis memorias”. Estampas salmantinas*. Salamanca: Librería Cervantes, 1986 [1906], volumen 2, pp. 66-67.

<sup>25</sup> Cossio se refiere también a la mediavaca para asociar la suerte charra de mancornar toros con la antigua cultura Tesalia. NAVAS, Conde de las (Juan Gualberto López Valdemoro de Quesa-

aun, el Conde de las Almenas creyó encontrar en estos “juegos salmantinos” el génesis de la “fiesta nacional”<sup>26</sup>.



Fig. 3. Jinete charro en una exhibición de doma vaquera, Ciudad Rodrigo, Salamanca, 2005 (fotografía: Héctor M. Medina).

Tras la Guerra de Independencia algunos charros lograron un ascenso social que, al parecer, empezó a gestarse en el siglo XVIII. El acceso al poder económico se consolidó con las diferentes desamortizaciones que tuvieron lugar en la posguerra, las cuales permitieron adquirir tierras a colonos y arrendatarios de la clase media rural<sup>27</sup>. A partir de entonces, la imagen del charro que cobraría mayor importancia sería la del montaraz y la del dueño de la dehesa ganadera. La compra de dehesas fue de gran importancia ya que, en la primera parte del siglo XX, casi un tercio de las ganaderías de lidia eran salmantinas<sup>28</sup>. El charro que consiguió acrecentar su capital fue el ganadero que arrendaba tierras, habilidoso en los nego-

---

da). *El espectáculo más nacional*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1899, p. 31. COSSÍO, José María. *Los toros. Tratado técnico e histórico*, tomos I. Madrid: Espasa-Calpe, 1943, I, p. 441.

<sup>26</sup> ALMENAS, Conde de las. “Exposición del arte en la tauromaquia”. En *El arte de la tauromaquia. Catalogo de la exposición*. Madrid: Blas y Cia., 1918, p. 10.

<sup>27</sup> Véase ROBLEDO, Ricardo. “La crisis del antiguo régimen”. En MARTÍN, José-Luis (dir.): *Historia de Salamanca IV. Siglo diecinueve*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, p. 91; INFANTE, Javier; ROBLEDO, Ricardo. “Las bases del capitalismo agrario”. En MARTÍN, José-Luis (dir.). *Historia de Salamanca IV. Siglo diecinueve*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, pp. 338-339.

<sup>28</sup> ROBLEDO, Ricardo. “Dejar el campo, comprar la tierra: economía, población y sociedad (1880-1930)”. En MARTÍN, José-Luis (dir.). *Historia de Salamanca V. Siglo veinte*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, p. 81.

cios y que trashumaba a Extremadura cuando los pastos escaseaban en tierras salmantinas. Gabriel y Galán lo describiría como:

“Gran pensador de negocios,  
ladino en compras y ventas,  
serio y honrado en las cuentas,  
grave y zumbón en sus ocios [...]”<sup>29</sup>.

La prosperidad económica de algunas familias de aldeanos incrementó la estimación y el sentimiento de orgullo hacia la figura del charro, en palabras de Llorente Maldonado: “esta nueva clase social, especie de ‘burguesía rústica’ [...] daría personalidad humana al Campo de Salamanca, contribuyendo a caracterizarlo y a unificarlo, al mismo tiempo que adquirirían conciencia de clase y conciencia de vivir y trabajar en una tierra de características especiales y bien definidas desde los puntos de vista geográfico, económico, humano y folclórico”<sup>30</sup>.

A la vez que se conformó la “burguesía rústica”, la vida en el campo cambió considerablemente y algunos intelectuales mirarían al pasado con cierta añoranza. Luis Maldonado, por ejemplo, se lamentaba del olvido de la tradición, atribuyéndolo al acceso de este grupo en los estratos más altos: “Pero esa edad *de oro* pasó ya, trayendo, como de rezago, otra que pudiéramos llamar *del oro*, en que a los charros, nuevos reyes Midas, todo cuanto tocan y cuanto miran se les convierte en riquezas, que va transformando las gentes, las costumbres, los ganados, los cultivos y hasta el clásico aspecto del *Campo Charro*”<sup>31</sup>. Sólo unos cuantos charros consiguieron enriquecerse, pero el cambio cultural en el campo fue generalizado ya que la gente tuvo que adaptarse a las modas y la forma de vida de los nuevos tiempos.

Luis Maldonado observó que las alquerías se habían convertido en verdaderos palacios, que más bien parecían uno de esos espléndidos *cottages*, donde las familias aristocráticas de Francia y de Inglaterra habitan parte del año<sup>32</sup>. También apuntó que los dueños de éstas ya vestían la indumentaria urbana y que habían cambiado los bailes tradicionales por “las ceremoniosas figuras del rigodón”. Sin embargo, concluye afirmando: “Desaparecido, casi todo, lo pintoresco de la raza salmantina, aún quedan en ella gérmenes de vida feliz en la intensidad con que cultiva los grandes sentimientos familiares”<sup>33</sup>.

<sup>29</sup> GABRIEL Y GALÁN, José María. “El ganadero”. En MARTÍN FRAILE, Mario (ed.). *Obras completas de Gabriel y Galán*. España: Amarú Editores, 2003 [1902], p. 72.

<sup>30</sup> LLORENTE MALDONADO, Antonio. *Las comarcas históricas y actuales de la provincia de Salamanca*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos-Confederación Española de Centros de Estudios Locales-CSIC, 1990 [1976], p. 105.

<sup>31</sup> LLORENTE MALDONADO, *op. cit.*, p. 67.

<sup>32</sup> *Ibidem*, pp. 67-68.

<sup>33</sup> *Ibidem*.



Fig. 4. El vaquero charro, *escultura de Venancio Blanco (1985) en la Plaza España de la ciudad de Salamanca (Fotografía: Héctor M. Medina).*

La postura de este autor es la más recurrente de la época: por un lado, se trata de identificar a los charros como un sector próspero y rescatar de éste algunos elementos que contribuyeran a mantener una figura particular y representativa de la provincia; por otra parte, el cambio se ve como el triunfo del progreso, el cual eliminaba prácticas que calificaban de “bárbaras” y creencias que consideraban simples “supersticiones”. En otras palabras, el propósito era conformar un símbolo provincial exento de los rasgos que podrían mostrarlo como incivilizado, pero sin perder aquellos elementos que lo remontaban al pasado, lo autóctono y lo pintoresco.

Dado que la ganadería de lidia era un aspecto fundamental en la economía de las fincas charras, sus propietarios adoptaron la tauromaquia. El nuevo toreo de a pie de origen andaluz se había consolidado a principios del siglo XIX. En esto influyeron de manera decisiva las obras en que se reglamentaba el desarrollo de esta fiesta, entre las que destacan las publicaciones firmadas por José Delgado, Pepe Illo (1796), y Francisco Montes “Paquiro” (1836)<sup>34</sup>.

Los primeros toreros de a pie eran hombres provenientes del sector popular. No obstante, procuraron tomar distancia de sus orígenes y buscar un ascenso en la

<sup>34</sup> Se sabe que el verdadero autor de la *La tauromaquia o Arte de torear* firmada por Pepe Illo fue el escritor José de la Tixeria, ya que dicho torero era analfabeto. La *Tauromaquia* de Francisco Montes “Paquiro” fue escrita por Santos López Pelegrín, periodista sevillano que publicaba sus escritos bajo el seudónimo de “Abenamar”. DELGADO, José (PEPE ILLO). *La tauromaquia o arte de torear*. Madrid: Viuda de Galo Sáez, 1946 [1796]. MONTES, Francisco (PAQUIRO). *Tauromaquia completa o sea arte de torear en plaza*. Madrid: Turner, 1983 [1836].

escala social. Para esto, con apoyo de los eruditos amantes de las fiestas taurinas, crearon reglas para las corridas, apelaron a los orígenes nobles de ésta definiéndose como herederos de los nobles alanceadores de toros, y asumieron la postura de “civilizadores” del toreo, combatiendo las celebraciones populares de este tipo. Asimismo, acuñaron el término de “tauromaquia”, cuya etimología griega demuestra que se trata de una construcción culta, la cual pretende definir una nueva modalidad artística propia de un sector erudito.

De manera independiente a las corridas de la élite salmantina, se han celebrado otros rituales taurinos y ecuestres de carácter popular, principalmente, encierros y capeas. Los defensores de la tauromaquia moderna estigmatizaron estas prácticas como costumbres bárbaras y sanguinarias, tratando de destacar las virtudes de la suerte de matar del nuevo toreo. Sin embargo, la inmolaición del toro no fue una condición en las fiestas populares. Una de estas celebraciones fue el Toro de San Marcos, costumbre muy extendida en el occidente de España, sobre todo en Extremadura. Sabemos que dicho ritual también se llevaba a cabo en distintos poblados salmantinos, especialmente en Ciudad Rodrigo<sup>35</sup>.

A principios del siglo XIX, las fiestas de toros ensogados eran también muy comunes en la capital salmantina y se hacían con diversos propósitos. El *Libro de noticias de Salamanca* de Joaquín Zaonero documentó un buen número de corridas de este tipo, a pesar de las distintas prohibiciones que se emitieron en la época<sup>36</sup>. De hecho, el mismo pueblo solía acudir ante las autoridades para solicitar que obsequiaran toros en los momentos de fiesta.

De entre las antiguas fiestas ecuestres populares debo destacar la de “correr gallos”, en la que se colgaban gallos vivos de una sogá y los mozos trataban de arrancarles la cabeza a todo galope. Las celebraciones de este tipo han desaparecido casi del todo. En algunos lugares han sido sustituidas por carreras de cintas, a raíz de las fuertes críticas que se les han dirigido. Por ejemplo, José María Cossío aseveraba que correr gallos era una práctica “verdaderamente salvaje y repugnante”<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> Acerca del toro de San Marcos véase, FEIJOO Y MONTENEGRO, Benito Jerónimo. “Toro de San Marcos”. En *Teatro crítico universal*, tomo 7.º. Madrid: Real Compañía de Impresores y Libreros, 1778 [1736], p. 218; VILLAR Y MACÍAS, Manuel. *Historia de Salamanca*, Volumen IX. Salamanca: Librería Cervantes, 1973 [1887], pp. 97-98; SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS, Marqués de (Bernardino de Melgar y Abreu). *Fiestas de toros: bosquejo histórico*. Madrid: Tipográfica A. Marzo, 1927, p. 132; CARO BAROJA, Julio. “El toro de san Marcos”. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 1945, 1, pp. 88-121.

<sup>36</sup> ZAONERO, Joaquín. *Libro de noticias de Salamanca que empieza a rejir el año de 1796*. Ricardo ROBLEDÓ (ed.). Salamanca: Librería Cervantes, 1998 [1796-1812].

<sup>37</sup> COSSÍO, José María. *Los toros. Tratado técnico e histórico*. Madrid: Espasa-Calpe, 1943, tomo I, p. 707.



Fig. 5. Encierro en el Carnaval del Toro, Ciudad Rodrigo, Salamanca, 2005  
(fotografía: Héctor M. Medina).

Todas las fiestas populares que acabamos de mencionar fueron atacadas en el mismo sentido. Algunas desaparecieron, otras se conservaron o se reinstauraron, asumiendo la categoría de patrimonio cultural, conservándolas como resabio de un pasado “primitivo” y elemento propiamente autóctono. Actualmente, las principales celebraciones taurinas salmantinas consisten principalmente en encierros y capeas que se combinan con corridas al estilo andaluz.

Por su parte, los charros que consiguieron asimilarse con las clases altas y adquirir fincas ganaderas, se han distanciado del folclor salmantino. Más bien pareciera que se han adaptado en mayor medida a las tradiciones andaluzas, ya que su principal fuente de prestigio es la cría de toros de lidia. Así, en los tentaderos los podemos encontrar ataviados con el traje corto andaluz y el sombrero cordobés e, incluso, algunos de ellos han adoptado en su forma de hablar el acento de aquella región meridional. Son conscientes de que formar parte de la maquinaria de la “fiesta nacional” les otorga mayores beneficios económicos e influencia del que podría proporcionarles la reproducción del folclor charro, lo cual no impide que recurran a éste si les resulta conveniente.

No cabe duda de que poseer una finca es también un elemento importante de prestigio, ya que la dehesa ganadera se ha elevado al nivel de monumento histórico y patrimonio cultural inherente al charro. Si bien los charros entregaron sus vidas al desarrollo y mantenimiento de las mismas, sólo algunos de ellos consiguieron convertirse en latifundistas y, cuando lo hicieron, conformaron una clase

aristócrata con características particulares, a la que en Salamanca suelen llamarle “cuernocracia”. En Salamanca, se representa a estos latifundistas como hombres que suelen llevar el cabello engominado y las patillas largas, ataviados con botas camperas, chaqueta de cacería y gorrilla. Debo mencionar que esta apariencia, muchas veces, es imitada por otras clases sociales.

Así, la imagen del jinete charro ataviado a la usanza tradicional parece haber desaparecido casi por completo, sólo eventualmente en algunas fiestas provinciales se puede encontrar a estos personajes haciendo demostraciones de doma vaquera. De manera que la vigencia del jinete charro como símbolo regional ha recaído, en mayor medida, sobre el estereotipo que lo identifica como un héroe nacional.

### 3. EL HÉROE NACIONAL

La figura del charro se empieza a perfilar como héroe nacional a partir del siglo XIX, época en la que aparece don Julián Sánchez “El Charro”, guerrillero salmantino que conformó con aldeanos una banda de lanceros para luchar contra los franceses en la Guerra de Independencia española. Durante el conflicto, surge también una revolución liberal promovida por las nuevas capas dominantes que, para legitimarse y asentar su poder frente al absolutismo, propusieron la conformación de un Estado-nacional como nueva organización política, social y económica. Se hace necesaria, entonces, la construcción de nuevas referencias comunes para esa nación soberana emergente. Con este propósito se crean nuevos mitos fundacionales, en cuya elaboración participarían literatos y artistas, quienes producirían un nuevo imaginario heroico, desplazando a la iconografía áulica del Antiguo Régimen por otra con la que el pueblo se podía identificar en la categoría de ciudadano.

Los historiadores encontraron en los movimientos guerrilleros, provenientes del sector popular, un campo fértil para exaltar el patriotismo y el valor de lo autóctono. Así, Benito Pérez Galdós incluyó a Julián Sánchez en su novela *La batalla de los Arapiles*, décimo volumen de la primera serie de los *Episodios nacionales*<sup>38</sup>. Por su parte, Rodríguez-Solís vio a la guerrilla como un aspecto de la españolidad y decía: “Desde los más remotos tiempos hemos tenido guerrillas en España, y no creemos exagerado afirmar que al nacer el español nació guerrillero” (1930 [1887], I: 78)<sup>39</sup>.

<sup>38</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito. *La batalla de los Arapiles*. España: Diputación de Salamanca, 2002 [1875]).

<sup>39</sup> RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique. *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la guerra de la independencia*. Madrid: Editorial Estampa, 1930 [1887], volumen I, p. 78.

En la búsqueda de nuevos símbolos nacionales, el romanticismo también jugó un papel esencial. Esta corriente artística había inundado a Europa y favoreció el desarrollo del costumbrismo en la producción literaria y gráfica. Una de las obras más célebres de la época fue *Los españoles pintados por sí mismos*, libro colectivo con textos y grabados en la que se describen los tipos populares “más representativos”, en el cual no podía faltar un intento por ennoblecer y dignificar al guerrillero, destacando su carácter autóctono<sup>40</sup>.

La imagen de los charros a caballo empuñando una lanza en su lucha por la reapropiación del territorio, recordó a los historiadores y folcloristas la vieja figura de los caballeros de la reconquista<sup>41</sup>. Por lo que en la época eran comunes frases como la siguiente:

“Las guerrillas en nuestro país son tan antiguas [...] como la misma España, [...] Viriato, Pelayo y el Cid fueron los primeros guerrilleros, [...] [de manera que] lo ocurrido en nuestras guerras civiles no fué motivado por las guerrillas de 1808, sino, cuando más, la consecuencia del antiguo personalismo ibérico, de nuestro indomable corazón, de nuestro altivo carácter”<sup>42</sup>.

De hecho, en muchas ocasiones, la guerra contra los franceses fue considerada una nueva cruzada. Así lo podemos observar en una serie de publicaciones que se difundieron para incitar al pueblo a participar en el movimiento armado. Algunos libros, con títulos como *Catecismo civil de España... o Catecismo católico-político...*, alimentaron la idea de que los franceses eran los nuevos herejes a los que se debía combatir. En un pequeño fragmento de uno de estos textos se lee el siguiente diálogo:

“-¿Qué son los franceses?  
-Antiguos cristianos y herejes modernos.  
-¿Quién los ha conducido a semejante esclavitud?  
-La falsa filosofía y la corrupción de costumbres”<sup>43</sup>.

<sup>40</sup> VARIOS AUTORES. *Los españoles pintados por sí mismos*. Madrid: I. Boix Editor, 1843, 2 tomos.

<sup>41</sup> La Historia de Salamanca escrita por VILLAR Y MACÍAS, como otras obras de la época, enalteció la heroicidad de don Julián Sánchez y sus lanceros, comparando la guerrilla salmantina con la cruzada contra los árabes que dio forma al actual territorio español: “Manera de guerrear ésta conocida de antiguo en España, y á que tanto favorece, como con razón se ha notado, la configuración de su suelo, la sóbria condición de sus habitantes y aquel ánimo inquebrantable que no enflaquecen los desastres, antes le aíran y vigorizan, y que ha sido tan briósamente expresado por el incontrastable ¡No importa! No necesitaban estos intrépidos españoles herir el suelo con la lanza, como los valerosos almogábares, clamando ¡Despierta, hierro! porque su lanza nunca dormía” (1973 [1887], IX, p. 21).

<sup>42</sup> RODRÍGUEZ-SOLÍS, *op. cit.*, p. 80.

<sup>43</sup> *Apud ibidem*, p. 90.

Al respecto, también resulta muy ilustrativa una estampa satírica que identifica a los “herejes modernos” con toros bravos. Debo mencionar que, en el toreo caballeresco del Antiguo Régimen, los bovinos no sólo representaban a los paganos habitantes de la Península, sino que también se identificaron con los moros<sup>44</sup>. La imagen se titula *Obsequio que los españoles hacen a los franceses en recompensa de la regeneración tan cacareada...* y muestra a cuatro héroes independentistas lidiando contra los franceses, representados como toros con horrendos rostros antropomórfos, en un coso rectangular. En la parte superior izquierda está Juan Martín

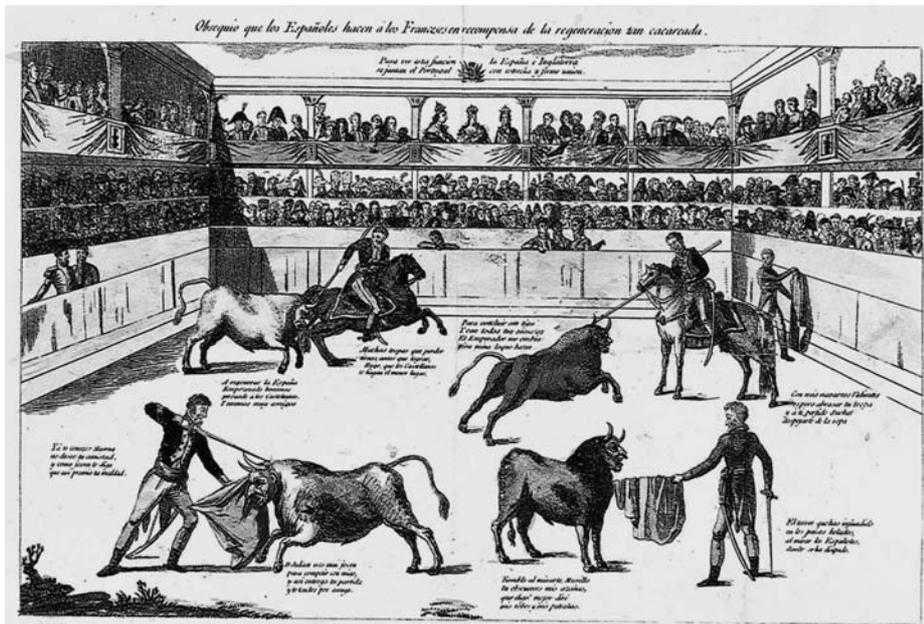


Fig. 6. Obsequio que los españoles hacen a los franceses en recompensa de la regeneración tan cacareada. Para ver esta función se juntan el Portugal, la España e Inglaterra con estrecha y firme unión. *Agua fuerte iluminada, Museo Municipal de Madrid, IN 2252.*

<sup>44</sup> Dicha asociación es ya patente en uno de los relatos que reúne la *Miscelánea o Varia historia* de Luis Zapata, escrita en torno a 1589 y publicada por primera vez en 1859. El autor asegura haber visto a Carlos V alanceando un toro que tenía el nombre del principal profeta del Islam: “El emperador salió un día a unos toros en Valladolid, delante de la Emperatriz y de sus damas. Era un toro grande y negro como un cuervo, y se llamaba Mahoma. Yo le vi; ya se puede ver la expectación [sic.] que habría de ver entrar en campo con una bestia fiera al Emperador de los cristianos [...]”. ZAPATA, Luis. *Miscelánea o Varia historia*. Llerena: Editores Extremeños, 1999 [circa 1589], pp. 204-205. Acerca de la identificación entre toros y moros véase también GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio. *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona: Anthropos, 2002, p. 143.

Díez “El Empecinado” a caballo alanceando a un bovino que representa al general francés Joseph Leopold Hugo. En la esquina superior derecha, el toro bravo es el mariscal Louis Gabriel Suchet, el cual es recibido con la lanza por Francisco Javier Mina. En la parte inferior izquierda está Julián Sánchez “El Charro” dando una estocada al mariscal André Masséna y, a la derecha, Pablo Morillo “El Pacificador” cita con el capote al mariscal Jean de Dieu Soult. Al lado de los toros y los toreros se observan unos textos en los que se describe un dialogo entre ambas partes. Los franceses tratan de convencer los españoles para que se unan a ellos, pero los toreros responden con frases amenazadoras. Por ejemplo, Masséna dice a Sánchez: “D. Julián eres mui joven / para combatir conmigo, / y así entrega tu partida / y te tendré por amigo”. “El Charro” se tira a matar y responde: “Ya te conozco Masena / no deseo tu amistad, / y como joven te digo / que así premio tu maldad”.

En la asociación que se hacía de los charros con los caballeros medievales no faltaron las referencias a los devaneos amorosos de los guerrilleros, comparables a los atribuidos a los héroes de los romanceros. Para exaltar el éxito que los lanceros tenían entre las mozas, los historiadores citaron cantinelas y anécdotas populares que lo confirmaban. Villar y Macías documenta un canto donde se describe a Julián Sánchez y sus lanceros como bravos guerreros y auténticos donjuanes:

“Cuando don Julián Sánchez  
Monta a caballo,  
Escapan los franceses  
Como del diablo.

Es mi novio un lancero  
De don Julián  
Si él me quiere á mi mucho  
Yo le quiero á él más”<sup>45</sup>.

Mesonero Romanos ya había dado cuenta de esta canción, pero en una versión con pequeñas diferencias<sup>46</sup>. Asimismo, relataba una anécdota que le comunicó su amigo Meléndez y de Quintana, donde se muestra el éxito de los lanceros entre las mozas. Cuenta que una madre acudió con el fraile de cuaresma para pedirle que reprendiera a la hija por sus devaneos con los lanceros, pero el fraile sólo comentaba a cada paso de la narración: “¡Cuánto me alegre yo de eso! –Tantas veces exclamó, que le preguntó la madre por qué razón se alegraba, á lo que con-

<sup>45</sup> VILLAR Y MACÍAS, *Historia de Salamanca*, IX, p. 21.

<sup>46</sup> MESONERO ROMANOS, Ramón de. *Memorias de un setentón*. José Ramón AGUADO (ed.). Madrid: Ediciones Ábaco, 1982 [1880], p. 118. Una versión más extensa que las de Villar y Macías y Mesonero Romanos se puede encontrar en SÁNCHEZ ARJONA Y DE VELASCO, José Manuel. *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia y biografía de D. Julián Sánchez “El Charro”*. Salamanca: Imprenta Núñez, 1957, p. 124.

testó el fraile: ‘*Porque no sabía yo que tenía tanta gente D. Julián*’<sup>47</sup>. Acerca de las conquistas amorosas de los lanceros, Rodríguez-Solís comentaba: “Y es que las *charras* de Castilla amaban en los guerrilleros al elegido de su alma y al valiente campeón que diariamente arriesgaba su vida por salvar la honra de sus paisanas, los bienes de sus familias y la independencia de su patria”<sup>48</sup>.

Igualmente se hizo referencia a la afición taurina de Julián Sánchez, para subrayar su españolidad. Mesonero Romanos, por ejemplo, asegura que había conocido personalmente al héroe en una corrida presidida por el charro en la villa salmantina de Tamames, en la que dio muestra de la determinación con la que se conducía:

“[...] no habiendo quien concluyese con el último toro, como quiera que fuese entrada ya la noche, el guerrillero presidente dispuso acudir á su acostumbrado expediente de fusilar al enemigo, á cuyo efecto y de su orden salieron de todos los ángulos de la plaza multitud de tiros que acabaron en breve con la fiera, no sin algún susto (aunque con mayor contentamiento) de los espectadores, que hallaban muy natural la adopción de este remedio casero y muy propio para terminar la función taurina”<sup>49</sup>.

La figura romántica del héroe charro tampoco quedó exenta de que se le acusara de bandidaje. Entre los documentos más difundidos que le imputaban este tipo de faltas se encuentra una proclama del general Marchant, en la que se manda detener a un conjunto de ganaderos ricos que apoyaban a las guerrillas, dando un término de ocho días para que desaparecieran esas “cuadrillas de salteadores, azote de los pueblos, que asesinan, roban y saquean”<sup>50</sup>, de lo contrario se tomarían severas medidas para asegurar la tranquilidad pública.

Sabemos que la guerrilla permitía una recompensa económica en forma de botín, por lo que expoliaban a sus paisanos tanto como a su enemigo, y que los aliados ingleses no se quedaban atrás a la hora del saqueo<sup>51</sup>. Sin embargo, algunos historiadores intentaron limpiar el nombre de los lanceros. Rodríguez-Solís calificó la proclama de Marchant como “un verdadero padrón de ignominia”<sup>52</sup>. Mientras que Sánchez Arjona consideraba que el general francés empleaba contra los lanceros “las armas del insulto y la calumnia, despechado de la inutilidad de su espada contra aquellos pechos de bronce”<sup>53</sup>. De esta manera se impuso la imagen positiva de los lanceros, que los presentaba como héroes valientes, patriotas y

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>48</sup> *Op. cit.*, p. 11.

<sup>49</sup> *Op. cit.*, p. 120.

<sup>50</sup> RODRÍGUEZ-SOLÍS, *op. cit.*, p. 10.

<sup>51</sup> ROBLEDO, “La crisis del antiguo régimen”. En José-Luis MARTÍN (dir.). *Historia de Salamanca IV. Siglo diecinueve*, pp. 72-73.

<sup>52</sup> RODRÍGUEZ-SOLÍS, *op. cit.*, p. 10.

<sup>53</sup> SÁNCHEZ ARJONA Y DE VELASCO, *op. cit.*, p. 131.

seductores, un emblema de lo autóctono, al que se le atribuyó cierta nobleza gracias a su participación en la guerra, considerada una nueva cruzada contra la herejía. Años más tarde un nuevo espíritu cruzado invocaría nuevamente a la lucha y utilizaría el folclor como una herramienta para sus propósitos, impulsando la reformulación de elementos tradicionales para su uso político.



Fig. 7. *Monumento e inscripción en la tumba de Julián Sánchez “El Charro”, Ciudad Rodrigo, Salamanca, 2007. En la inscripción se puede leer: “Esta guerrilla y el ejército sabrán defender hasta su último aliento su religión, su legítimo y amado rey y la libertad de la patria” (fotografías: Héctor M. Medina).*

#### 4. EL CHARRO FOLCLORISTA

Ante la inminente transformación de las tradiciones charras que se evidenció a principios del siglo XX, las autoridades estatales y los investigadores del folclor emprendieron el rescate de los elementos culturales que les resultarían más útiles para mantener el símbolo provincial. Los rasgos seleccionados con este propósito fueron el traje, la música, los bailes y las danzas. En Salamanca surgieron las propuestas de Fernández de Gatta y José de Lamano, quienes plantearon redefinir al charro a partir de la indumentaria y su asociación con el territorio<sup>54</sup>. Asimismo, se

<sup>54</sup> FERNÁNDEZ DE GATTA Y GALACHE, M. “Vocabulario charruno”. En *Ociosidades*. Salamanca: Imprenta de Francisco Núñez, 1903, p. 67. LAMANO Y BENEITE, José de. *El dialecto vulgar salmantino*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 2002 [1915], p. 370.

publicó el primer registro de la música tradicional charra, realizado por Dámaso Ledesma<sup>55</sup>. El empleo de los trajes charros y la música popular con fines políticos fue inmediato.

Es preciso considerar que a principios del siglo XX encontramos a una España convulsionada por la pérdida de las colonias en Cuba y Filipinas, así como por las guerras en Marruecos. Alfonso XIII recibe el trono en un momento en que la política pasa por un periodo de inestabilidad. Ante este ambiente el rey trata de identificarse con el pueblo a través de la indumentaria tradicional. Su estrategia consistiría en visitar las diferentes regiones de España vistiendo los atuendos típicos de éstas<sup>56</sup>. Salamanca no fue la excepción, por lo que la reina Victoria Eugenia se atavió con el traje de charra. Algunos años después, Alfonso XIII y su esposa inaugurarían en Madrid la Exposición Nacional del Traje que, posteriormente, daría lugar a la creación del Museo del Traje Regional e Histórico. Las autoridades salmantinas participaron con entusiasmo en la exhibición, enviando representantes ataviados a la usanza charra para que mostraran sus bailes y música tradicional. Entre los organizadores de la comisión charra se encontraban César Morán y Antonio García Boiza. El éxito de la exposición sirvió de precedente para las políticas aplicadas por el gobierno franquista.

En 1936 comenzó la Guerra Civil, cuando un amplio sector del ejército se sublevó contra el gobierno de la II República. En los primeros meses del levantamiento, Salamanca se convirtió en el cuartel general de Francisco Franco y ahí fue nombrado Jefe del Gobierno del Estado Español por los insurrectos<sup>57</sup>. Poco después, se esculpió un medallón con el busto de Franco para ser colocado en el pabellón de los reyes de la Plaza Mayor. Como señala Cabo Alonso, el ambiente salmantino se mostró favorable al bando franquista: “la depuración política de desafectos al régimen no originaba especiales dificultades al mando; el obispo cedía su palacio para sede del cuartel general; el ganadero Antonio Pérez Tabernero, el [...] espacio desarbolado de su dehesa de San Fernando para el campo de aviación; el marqués de Llen, su finca para academia de mandos de Falange; otra familia noble, su palacio de la calle San Pablo para instalación de la Legión Condor; etc.”<sup>58</sup>.

El obispo de Salamanca calificó el alzamiento de “cruzada por la religión, por la patria y por la civilización”<sup>59</sup>. Así, la Iglesia Católica, junto con otras institucio-

<sup>55</sup> LEDESMA, Dámaso. *El Folk-lore o cancionero salmantino*. Salamanca: Imprenta Provincial, 1972 [1907].

<sup>56</sup> FRADES MORERA, María José. *Un cuadro para una reina (Retrato de Doña Victoria Eugenia vestida de charra en el Ayuntamiento de Salamanca)*. Salamanca: Ayuntamiento de Salamanca, 2004, p. 28.

<sup>57</sup> LÓPEZ GARCÍA, Santiago; DELGADO CRUZ, Severiano. “Víctimas y nuevo Estado (1936-1940)”. En MARTÍN, José-Luis (dir.). *Historia de Salamanca V. Siglo veinte*, pp. 271-272.

<sup>58</sup> CABO ALONSO, Ángel. “Tiempos de escasez: economía y población en la posguerra”. En MARTÍN, José-Luis (dir.): *Historia de Salamanca V. Siglo veinte*, p. 446.

<sup>59</sup> FUSI, Juan Pablo. *Franco. Autoritarismo y poder personal*. Madrid: El País, 1985, p. 50.

nes, como la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca, legitimó el alzamiento como una cruzada. Esta idea se extendió por toda el área nacional. Los nuevos cruzados se veían a sí mismos como los defensores de la España eterna, católica y tradicional, procurando restituir los valores espirituales y patrióticos de la época del Imperio. Para ellos, el enemigo era el comunismo ateo, el liberalismo heredado de la Revolución Francesa y la masonería, a la que creían controlada por la Iglesia Anglicana.

Apenas concluida la guerra con el triunfo de los franquistas, el nuevo Estado comenzó a emplear los trajes y bailes populares con fines propagandísticos. En Salamanca se celebraron las Fiestas de la Victoria con una exhibición del folclor charro. Asimismo, enviaron algunas parejas ataviadas de charras para que alegraran la despedida de la Legión Cóndor<sup>60</sup> en León. El éxito de estos actos motivó la publicación de un libro de fotografías titulado *El traje regional salmantino*, con texto de García Boiza y Domínguez Berrueta<sup>61</sup>. El ensayo de García Boiza concluía con las siguientes palabras: “¡Ojalá que con estas páginas logremos atajar la pérdida del traje regional salmantino, que guarda, como dijo nuestro Caudillo, las más puras esencias de la Historia de España!”<sup>62</sup>. Como señala la cita, el traje ya había caído en desuso, pero el rescate de éste, como de la música, los bailes y las danzas, sería una de las maneras en que el régimen franquista buscaría el regreso de España a su tradición nacional y combatiría las influencias externas.



Fig. 8. Medallones de la plaza mayor de Salamanca. A izquierda, Julián Sánchez; a la derecha, Francisco Franco (fotografías: Héctor M. Medina).

<sup>60</sup> Esta legión de la aviación alemana fue la que bombardeó la localidad vizcaína de Guernica el 26 de abril de 1937.

<sup>61</sup> GARCÍA BOIZA, Antonio; DOMÍNGUEZ BERRUETA, Juan y *et al.* *El traje regional salmantino*. Madrid: Espasa-Calpe, 1940.

<sup>62</sup> GARCÍA BOIZA, Antonio. “Mapa del traje regional salmantino y descripción de las prendas de que se compone en cada zona”. En *El traje regional salmantino*, p. 9.

Sería precisamente en esos rasgos culturales en los que se vería la posibilidad de reivindicar una postura autoctonista, cuyas raíces se encontraban en un pasado remoto. En este sentido, Domínguez Berrueta destaca el valor estético de los trajes y las tradiciones salmantinas, los cuales considera herederos de las antiguas culturas de Tartessos y Creta y, por lo tanto, la indumentaria popular sería muestra de lo más autóctono: “[...] en obras documentadas de la vida de tartesia, de mil años antes de Jesucristo, se adivina ya nuestras costumbres e indumentarias populares, y los trajes de ‘faralae’, y hasta en la isla de Creta, de hace cuatro mil años, se vislumbran en mosaicos las ‘mantillas’ de nuestras campesinas ¡Qué prosapia de historia para lo genuinamente popular!”<sup>63</sup>.

Durante el periodo franquista, la Sección Femenina de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista sería la encargada de recuperar dichas tradiciones y ponerlas al servicio del Estado. Para Pilar Primo de Rivera, fundadora de la sección Femenina, vestir los trajes tradicionales y cantar las canciones populares fomentaría la unidad nacional, en sus propias palabras:

“[...] cuando los catalanes sepan cantar las canciones de Castilla; cuando en Castilla se conozcan también las sardanas<sup>64</sup> y sepan que se toca el “chistu”<sup>65</sup>, cuando del cante andaluz se entienda toda la profundidad y toda la filosofía que tiene, en vez de conocerlo a través de los tablادillos zarzueleros, cuando las canciones de Galicia se canten en Levante, cuando se unan cincuenta o sesenta mil voces para cantar una misma canción, entonces sí que habremos conseguido la unidad entre los hombres y entre las tierras de España. Y lo que pasa con la música, pasa también con el campo, con la tierra: la tierra, que nos da el pan, el vino, el aceite y la miel. España sería incompleta si se compusiera solamente del Norte o del Mediodía. Por eso son incompletos los españoles que sólo se apegan a un pedazo de tierra (1939: 22)”<sup>66</sup>.

La labor de la Sección Femenina, como la de los folcloristas que le precedieron, se desarrolló de manera contradictoria. Por un lado, concebían al pueblo como el alma de España, un sector dotado de cualidades elevadas y portador de lo más noble, generoso, casto y pío. Por otro lado, los elementos rescatados tenían que ser despojados de algunas cualidades que los hacían groseros, ofensivos y anticlericales. El resultado fue la reformulación y apropiación de la tradición con fines políticos, centrándose en los aspectos estéticos que consideraron más importantes. Así, surgieron los grupos de Coros y Danzas de organización local y regional que competían en campeonatos y realizaban presentaciones en las que se exaltaba el

<sup>63</sup> DOMÍNGUEZ BERRUETA, Juan. “Arte popular regional”. En *El traje regional salmantino*. Madrid: Espasa-Calpe, 1940, pp. 28-29.

<sup>64</sup> Las *sardanas* son danzas en corro típicas de Cataluña.

<sup>65</sup> El *chistu* es una flauta recta de madera tradicional del País Vasco.

<sup>66</sup> PRIMO DE RIVERA, Pilar. *Cuatro discursos*. Barcelona: Ed. Nacional, 1939.

patriotismo. Salamanca se unió a este proyecto nacional creando diferentes grupos de coros y danzas locales<sup>67</sup>.



Fig. 9. A la izquierda, pasacalles charro en Ciudad Rodrigo; a la derecha, Reina Juvenil de Corpus en Fuente de San Esteban (fotografías: Héctor M. Medina).

En los años 70 se creó la Escuela de Tamborileros de la Diputación Provincial con el propósito de impartir clases acerca de la ejecución y construcción de los instrumentos tradicionales salmantinos: la gaita y el tamboril, así como la dulzaina y el redoblante. En 1980 ésta se convirtió en la Escuela de Folklore Salmantino, que en un primer momento se abocó a la enseñanza del baile, la danza, el canto y la ejecución de instrumentos tradicionales. Posteriormente, incursionó en la enseñanza de las técnicas artesanales, la gastronomía, los juegos y deportes tradicionales. Con esta nueva configuración asumió la denominación de Centro de Cultura Tradicional en 1982, tomando como objetivo la promoción y divulgación del folclor y la etnografía salmantina<sup>68</sup>. A últimas fechas, la Diputación de Salamanca el Centro de Cultura Tradicional “Ángel Carril”, que asumía el papel de “conservador del patrimonio etnográfico tradicional como fenómeno de interés histórico cultural”, cambió su denominación a la de Instituto de las Identidades. De esta institución provienen los nuevos exponentes del folclor charro y la mayor parte de las publicaciones acerca de este símbolo provincial.

Además, existen talleres en barrios y asociaciones civiles que han conformado los mismos egresados de la escuela de la Diputación. En todas estas agrupaciones participan personas que ven en el folclor la posibilidad de formar parte de algo que se considera importante y transformarse en un símbolo colectivo, aun cuando nunca hayan experimentado la vida en el campo.

<sup>67</sup> Véase CARRIL, Ángel. “Etnografía, folclor y cultura tradicional en la Salamanca del siglo XX”. *Salamanca. Revista de estudios*, 2000, 45, pp. 344-345.

<sup>68</sup> *Ibidem*, pp. 350-351.

En cierta ocasión, una mujer que había entregado su vida a la difusión del traje tradicional me dijo con profunda tristeza: “lo que nosotros hacemos es teatro, no podemos saber cuáles eran las costumbres de nuestros abuelos”. Ella se había involucrado en esta asociación, consiguiendo formar parte de la directiva, porque recordaba a que su abuelo era un hombre del Campo Charro. Eso le ayudaba a ella a reencontrarse con sus orígenes, aunque no sabía el sentido de la iconografía que bordaba sobre un traje de charra. Durante la conversación, me sorprendió que espontáneamente aceptara que ella no tenía ningún vínculo con el campo salmantino y que todo lo que enseñaba y reproducía en su taller lo había aprendido en libros, los cuales no habían sido escritos por charros. Mientras dejaba escapar una lágrima, parecía ser consciente de que trataba de ser algo que nunca había sido, sin poder dar cumplimiento a las tradiciones con la misma naturalidad con que los antiguos charros lo hacían, lo que producía una clara inseguridad en su comportamiento. Las situaciones sociales la habían incitado a imitar un modelo, en gran medida desconocido, pero también ya distante en el tiempo.

Independientemente de que se trate de una cultura añeja o reinventada, la tradición charra se ha transformado, encontrando una nueva utilidad y adaptándose a nuevas circunstancias. De esta manera las autoridades provinciales, sirviéndose de los nostálgicos del pasado, tratan de mantener vigente las modas decimonónicas en el vestir y en las fiestas populares para atraer al turismo. En este contexto, la palabra “tradición” se emplea para negar la ruptura que representa la transformación sociocultural, aun cuando sabemos que el cambio es un evento inevitable en toda sociedad. En este sentido, el folclor ha sido un aliado importante de la ideología política, manteniendo su deseo por conservar viva la “autenticidad de la vida tradicional”, a la vez que contribuye en el proceso de decontextualización y recontextualización de los rasgos culturales más pintorescos de los antiguos aldeanos salmantinos.

## 5. CONCLUSIONES

Los charros de hoy día ya no son los antiguos aldeanos de la penillanura salmantina, estos han desaparecido con sus viejos modos de vida, los cuales fueron rechazados por aquellos que los consideraban obstáculos para el progreso. Los cambios que se produjeron, en buena medida, fueron producto de la presión que ejercieron las clases medias y altas para que las clases bajas regularan su comportamiento, dentro de los límites que se establecieron bajo el concepto de “civilización”. Al mismo tiempo que éstos iban desapareciendo, la figura del tipo popular fue perfilándose como un símbolo colectivo. Por ello, en nuestros días, la mayor parte de los salmantinos, independientemente de que vivan en el campo o la ciudad, no suelen estar en contra de que se les denomine “charros” y, a través de los

eventos que se promocionan como de interés turístico, ven la posibilidad de distinguirse del resto de los españoles y entablar lazos sólidos con su territorio. Por su parte, los turistas adquieren las reliquias de un pasado que les resulta “exótico”, rasgos culturales fetichizados que los políticos han empleado como herramientas propagandísticas y catalizadoras en los momentos de conflicto.

Actualmente, poco sabemos sobre la cultura de los antiguos charros. Sólo algunos rasgos, sobre aspectos muy parciales de sus tradiciones, se conservan a través de los registros de los folcloristas. Con dichos elementos se construyó un nuevo personaje que ha servido como símbolo provincial. En parte es un aldeano, un ganadero acaudalado, un héroe guerrillero y un producto del folclor. Se trata de una síntesis que permite al habitante de la provincia, proveniente de diferentes sectores sociales, sentir un arraigo a la tierra, identificarse con el paisaje adhesivo y un pasado mítico que ennoblece a un sector despreciado y explotado en un largo periodo de la historia. Es un héroe y un símbolo colectivo “civilizado”, pero también una alteridad devaluada y símbolo de “vulgaridad”, por lo que algunos todavía tratan de evitarlo.

Ante la incapacidad del romanticismo y el folclor para preservar un pasado vivo, los nuevos charros son símbolos inventados, utilizados como depositarios de la continuidad histórica y la tradición ya perdida. No obstante, sabemos que dicha continuidad es sólo una ilusión. De hecho, la aparición de movimientos para la defensa de la tradición, así como el constante afán por reelaborarla, hacen visible la interrupción de aquellas costumbres que se han tratado de resucitar; consiguiendo remendar, sólo de manera artificial, la ruptura temporal. Así, éstas iniciativas conservadoras y tradicionalistas han construido una continuidad ficticia que nos arroja a una regresión hacia el infinito, la cual no parece tocar fondo hasta ubicarnos en el origen mítico: cuando los habitantes de la Península Ibérica, la región más lóbrega de la *ecumene*, vivían en un estado de salvajismo y tuvieron que ser redimidos a través del heroico abigeato hercúleo o, por lo menos, a los pasajes románticos de la reconquista. En ambos casos, se trata de relatos protagonizados por personajes de carácter heroico que luchan por la conquista y el control de una alteridad devaluada, plenamente identificada con el ganado bovino, el cual, finalmente, se ha convertido en un símbolo del autoctonismo hispano y ha transitado por caminos paralelos a los que han recorrido los tipos populares. Entre estos se encuentra, por supuesto, el charro de la provincia de Salamanca, personaje ambiguo y liminal que media entre el tiempo primigenio y el presente; que imaginariamente permanece inmutable en la transición del origen anárquico al orden imperante; pero que también ha servido como vehículo para que la historia se alimente del mito y que el pasado se modifique a partir de las expectativas de futuro.